

DON SANTIAGO DE LINIERS

(*Conde de Liniers.*)

Del NOVÍSIMO ESPEJO Y DOCTRINAL DE CABALLEROS

TONO

I

Aquel joven macareno,
Aquel mocito rumboso,
Va galopando al compás
De su cartujano potro.
No va á cortijo ninguno,
Ni á vigilar va el aposto
De cepas ni de olivares,
Ni en Madrid y sus contornos,
Donde son los vertederos,
Las lindes de los rastrojos,
Donde los ganados pastan
Los brotes de los escombros,
Y no se ven otras fincas
Que tabernas ventorros...

Hay cigarrales ó prados,
Cercas, dehesas, ó cotos,
Que justifiquen ó absuelvan,
Ya el collar belludo y toscó,
Ya la silla de abanico,
Ya el calzón ceñido y corto,
La chaqueta cordobesa,
La manta con golpes rojos,
La alforjilla, que en la grupa
Besa del corcel los lomos,
El sombrero, cuyas alas
Cubren del joven los ojos...;
Nada, en fin, de cuanto omito
Por no pecar de enfadoso,
En los arreos del bruto
Y en las preseas del mozo.

II

No va Antonio á ver sus tierras,
Jamás las ha visto Antonio;
Ni su padre ó sus abuelos
Lograron verlas tampoco,
Porque... no hay Contaduría,
Registro ni Protocolo,
En que jamás estuviesen
Abultando ningún tomo.
Y si con brio galopa,
Es porque han dado las ocho,
Y á las nueve está citado
En el parador del Chorlo...

Á dos tiros de Getafe,
Con Luis Charpa y Pepe Romo,
El marqués de la Colambre,
Y el duque de Zampabollos,
Para... catar seis pellejos
De aristocrático mosto,
Que al duque envían de Yepes,
Á cuenta, sus mayordomos.
Al almuerzo irán también,
Para hacerle más famoso,
El Badanas y El Chancleta,
Ex-picadores de toros;
Remellido, un matarife
Muy ducho en guisar mondongos;
Miss Porter, artista ecuestre;
Y la Grulla y Juan Rebollo,
Que han llegado en lo flamenco
Á subir al Capitolio;
Y se cantan y se bailan
Y se apipan por lo jondo.

III

Media noche era por filo
Cuando volvió á Madrid Tono,
Cambió en el Veloz de traje,
Y se fué á cenar á Fornos.
Allí, en dulce compañía
Y en fraternal monipodio,
Con sus buenos compañeros
(Cuál más, cuál menos beodos),

Se entrega á la muy cristiana
Labor de arañar al prójimo.

.....
¡Qué lenguas! Digo, ¡qué vinos
Los de aquellos tonti-locos!
¡Qué labios, que enturbia el vicio
Antes que los cubra el bozo!
¡Qué palabrotas, qué chistes,
Qué estupidez, y qué modos!

.....
Al ver cómo de sus bocas
Salen manchados y rotos,
Ó los nombres más ilustres,
Ó los hechos más heróicos,
Cómo ni virtud, ni mérito,
Ni dignidad, ni decoro,
Ni la vejez y sus fueros,
Ni aun el perfume oloroso
De la niñez, salen libres
De sus inmundos coloquios,
Diríase que estos niños
En rumbo y prez tan notorios,
Se han engendrado en presidio,
Se han criado en el arroyo,
Ó que una madre inclemente
Les dió, en vez de mieles, lodo.

IV

¡Desde la fonda á la timba,
Que se alza en salón lujoso,

Como altar que el vicio erige
Á su único Dios el oro!...
Tapices que ilustró el arte
Al precio de mil despojos...
Muebles que royó la usura
Del prestamista insidioso...
Alfombras que ahogan el ruido,
Luz discreta, rumor bronco
Sin ninguna nota alegre,
Sin timbre alguno sonoro;
Que allí, por excepción rara,
Todos se muestran muy sobrios
De bullicios y algaradas
Que turben la paz del solio
Donde el azar dicta leyes
Á sus súbditos medrosos.
Son de ver aquellas caras
En que, con los mismos tonos,
Trazó en cien noches la orgía
Surcos indelebles y hondos;
Aquellos labios sin sangre
Que muerde el despecho sordo;
Aquellas torpes sonrisas
Que á nadie engañan, y el plomo
De aquella asfixiante atmósfera
De humo, de gas y de polvo,
En que el pulmón se aniquila,
Salta el corazón á trozos,
La cabeza se confunde
Y el alma se da al demonio.

V

El que gana no se ríe;
Compone el que pierde el rostro;
Estos juran entre dientes
Y echan lumbre por los ojos;
Aquéllos, á la sordina,
Tormentos se dan rabiosos...
Y las nacaradas fichas,
Al canturreo monótono
De ¡Baccarat! ¡Pierdo!... ¡Gano!...
¡Hagan el juego!... ¡siete!... ¡ochol!..
En silenciosa cadencia
Van pasando de uno en otro.
.....
Ya raya el sol..., á despecho
De las persianas y toldos,
En alegres cintas quiebra
Del gas el brillo incoloro;
Ya luce el sol..., y al trabajo,
Y á la oración, bondadoso,
Con su dulce luz convida
Á cuanto de él vive en torno...;
Pero, en vano..., embrutecidos...
De la embriaguez al rescoldo,
Que ya no encandila el viento
De sus fermentidos logros,
Sin alientos, sin palabras,
Duermen sus vergüenzas Tono
Y sus cuatro ó cinco amigos,

Que hasta el tugurio más próximo,
Cuando del Club la inmundicia
Vengan á barrer los mozos,
Se harán llevar como fardos,
Para poner así el colmo
Á tan ejemplar jornada
Y á día tan venturoso.

DON JOSÉ ALCALÁ GALIANO

(Conde de Torrijos).

EL TITÁN

Oculto entre las olas del hondo mar bullente,
Del caudaloso río, de la sonora fuente,
Del prisionero lago sobre el cristal azul,
Un invisible genio sus formas escondía,
Y sueño de cien siglos su espíritu dormía,
Del agua transparente bajo el rizado tul. [ma,
Un hombre, á los conjuros de la potente lla-
Hervir hace las ondas, el líquido se inflama,
Que aprisionado gime con loca ebullición,
Y el genio que dormía despiértase pujante,
Sacude con esfuerzo sus alas de gigante,
Humilde á la imperiosa genial evocación.
No era la ninfa leve, ni la flotante ondina,
Ni náyade del río rasgando la neblina,
Ni la voraz sirena del proceloso mar.
Era el Titán oculto del líquido palacio,
Que al despertar del sueño voló por el espacio,
Dejando leve estela de nubes al flotar.

Era el Vapor, fantasma de blanca vestidura,
Que indómito, rugiente, rompió la ligadura,
Mostrando la pujanza de su incansable hervor;
Era el secreto agente cuyo poder fecundo
Venía á hacer al hombre dominador del mundo,
Y de las fuerzas todas despótico señor.

En la prisión angosta de circular caldera
Ruge el vapor sintiendo de la voraz hoguera
La llama que sus ondas le obliga á dilatar;

La válvula, cerrando su llave, le detiene,
Y el hierro, que oprimidos sus átomos contiene,
Vacila cual si fuesen sus muros á estallar.

Herido por la mano del fuego que le azota,
Retuércese, sus fuerzas desesperado agota,
Y logra al fin los muros de su prisión romper;

Mas al romper su cárcel para buscar el
[viento,
Engendra inagotable raudal de movimiento
Con el atroz empuje de su brutal poder.

La gran naturaleza se humilla ante su plan-
Sométese la tierra mirando cuál levanta [ta,
Las moles que sujetas á su atracción están.

El rompe de la inercia los opresores lazos,
Las fuerzas subyugadas se rinden á sus brazos,
Y sólo de los hombres esclavo es el Titán.

Miradle cuál impele la audaz locomotora,
Que el tiempo y el espacio frenética devora,
Con fuego en las entrañas, con alas en los pies;

Que corre desbocada, que vuela, baja, sube,
Lanzando con su aliento festón de blanca nube,
Penacho que en el cielo se perderá después.

Cruza los anchos ríos, las cumbres de la sierra,

Las fértiles llanuras donde la curva tierra
No estorba de sus pasos el impetu veloz.

De látigo le sirve la abrasadora lumbre,
Arrastra de las moles la enorme pesadumbre,
Y el horizonte llena con su potente voz.

Los pueblos y naciones á atravesar se lanza,
Y al tiempo fugitivo con su carrera alcanza;
No hay vuelo que supere su loca rapidez;

Enlaza en los carriles los pueblos más lejanos,
Abate las fronteras, los hombres hace her-
[manos,

Y achica del planeta la vasta redondez.

Ved al gigante encima del líquido elemento
Remper las verdes olas, desafiar al viento,
Burlarse de las iras del rápido huracán,

Y dentro de la nave, bajo el timón profundo,
Trazando el derrotero para cruzar el mundo,
Las hélices moviendo del férreo leviatán.

Subido en la columna de la alta chimenea,
La fábrica domina, su pabellón ondea,
Ligero pregonando su triunfo y su poder.

Su colosal martillo sobre el herido yunque,
No hay maza que no aplaste, ni mole que no
[trunque,

Ni resistencia inerte que no logre vencer.

De las dentadas ruedas moviendo el engrana-
Les presta su pujanza, su fervido coraje, [je,
Y es del taller el alma y el genio protector;

Gigante que al enano le viene á dar su ayu-
Redobla sus alientos é infatigable suda [da,
Para evitar que el hombre derrame su sudor.

De las telas él teje las mágicas urdimbres,

Retuerce los metales como ligeros mimbres,
Sierra el robusto tronco del árbol colosal;

Del fondo de las minas hace surgir el oro,
Las barras, en la ceca, convierte en un tesoro,
Las barras, en la ceca, convierte en un tesoro,
Simbólicos troqueles grabando en el metal.

Mueve el cilindro sabio de la divina prensa
Que esparce la palabra de cuanto el hombre
[piensa,

De la Zelandia fría al ártico Spizberg; [fica,
Y allí, sobre los moldes que el verbo santi-
Y entre el vapor que rauda sus copias multi-
[plica,

Se abrazan los espíritus de Watt y Gutemberg.
Mortales, que mil templos magníficos alzás-
[teis,

Y allí divinizadas cuál genios adorásteis
Á las ocultas fuerzas que vida al orbe dan;

Vosotros, que forjásteis los ídolos deformes,
Y al Dios Naturaleza, con símbolos informes,
Disteis el vano culto del invisible Pan; [res;

Que á Ceres, ó la Tierra, pusisteis en alta-
Que hicisteis á Neptuno monarca de los mares;
Á Eolo, de los vientos omnipotente rey; [no,

Que al fuego consagrásteis el culto de Vulca-
Que á Júpiter hicisteis el numen soberano
Del éter del Olimpo y de la humana grey:

Alzad un templo de oro á la vital potencia
Del genio que del agua la cristalina esencia
Convierte en fuerzas vivas al beso del calor;

Por él llegarán días en que la especie humana,
Sin doblegar su cuerpo, del mundo soberana,
Trabaje sin la frente bañada en el sudor.

Por él el buey tardío sacudirá su yugo,
Y el hombre ya, dejando de ser atroz verdugo,
No rasgará sus carnes con aguijón cruel, [ta,
Ni el látigo punzante, que infama cuando azo-
Será el motor acerbo con que el vigor se agota,
Y el poderoso aliento del rápido corcel.

Él solo devorando los tiempos y distancias
Disipará en su vuelo las torpes ignorancias,
Llevando la riqueza, la ciencia y la virtud;
Por él sobre los mundos habrá una patria sola,
Pues de la paz bendita los lábaros tremola,
Y del trabajo mata la dura esclavitud.

Titán, que con tus alas el universo llenas,
Y más que Prometeo tú mismo te encadenas
Para que el hombre alcance gloriosa reden-
[ción;

Bendita tu pujanza, que alivio le procura,
Y hace más leve el yugo de la sentencia dura
Que doblegó su frente como una maldición.

LA PROVIDENCIA

—Cuatro velas de cera te prometo
Si me sale con bien este negocio.

—Á ayunar medio mes me comprometo
Como logre engañar á mi consocio.

—Una misa te ofrezco porque llueva.

—Porque haga sol ofrézcode una misa.

—Necesito, Señor, levita nueva.

—Señor, Señor, que no tengo camisa.

—Señor, que se me alivie el mal de gota.

- Señor, haz que el ministro me coloque.
 - Señor, que mi levita ya está rota.
 - Señor, que ser soldado no me toque.
 - Señor, que la cabeza no me duela.
 - Señor, que al fin me elijan diputado.
 - Señor, que estoy rabiando de una muela.
 - Señor, dadme valor, que soy casado.
 - Señor, no tengo pan y estoy cesante.
 - Señor, que tengo frío, mas no capa.
 - Señor, Señor, que vuelva ya mi amante.
 - Señor, que Manolito se me escapa.
 - Señor, que no me asalten los *ingleses*.
 - Señor, al cielo llévate á mi suegra.
 - Señor, piedad, que estoy de nueve meses.
 - Señor, que al *ecarté* mi suerte es negra.
 - Señor, que no lo sepa mi marido.
 - Señor, una gran cruz.— Señor, la faja.
 - Señor, Señor, que el plazo está vencido
- Y no tengo dos céntimos en caja.

.....
Si debe soportar la Providencia
Esta santa oración de cada día,
Á costa del reposo y la paciencia
Lo que es yo Providencia no sería.
Pedir y más pedir, esto hace el hombre,
Llamar fe y esperanza á su egoísmo;
Sobre un altar divinizar un nombre
Y darse en realidad culto á sí mismo.
¡Cuántas gentes, oh humana impertinencia!
Ocupan en pedir sus santos ocios,
Y ven en lo que llaman Providencia
Sólo un eterno agente de negocios.

DON LUCIANO GARCÍA

LA VIRGEN DE LA MONTAÑA

Rodeado de abismos y de torrentes,
Arrullado por vientos y tempestades,
Cual gigante de piedra de otras edades,
Cual glorioso caudillo de mil valientes,
Vigilante y altivo, como guerrero
Que guarda los tesoros de aquella Cueva,
Que guarda los destinos de un pueblo entero,
Sobre trono de rocas se alza el Auseva.

Auras de independencía su seno agitan,
Y al compás de los ecos de la Montaña,
Entre gritos de gloria, de fe palpitan
Los himnos religiosos de nuestra España.

El sol de las batallas quemó su frente,
Los vientos y huracanes cantan sus glorias,
Y los ecos repiten de gente en gente
Los cantos inmortales de sus victorias.
Espumoso torrente tiene á su planta,
Sobre el torrente tiene la augusta Cueva,
Y en la Cueva una imagen... la imagen santa
Que es la reina adorada del monte Auseva.

Á los pies de esa imagen, juntas rezaron
Las que fueron cristianas generaciones.
Sus penas y alegrías allí contaron
Y exhalieron sus quejas y sus canciones.

Cantaron las grandezas de nuestra España,
Lloraron las miserias que la devoran...
Y por eso los ecos de la Montaña
Al compás del torrente cantan y lloran.
Si buscáis maravillas, venid á verlas.
Venid á oír los ecos de sus canciones,
Que él tiene sus leyendas y tradiciones,
Como tienen los mares nidos de perlas.

A los pies de la Virgen, cuya hermosura
Ilumina al Auseva, viene el romero...
Vienen los hijos todos del pueblo ibero
Á contarle sus penas ó su ventura.
Á los pies de la Reina de las montañas
Dejan, como recuerdo de sus amores,
La clave de sus cantos, los trovadores,
Y el soldado el secreto de sus hazañas.
La doncella le cuenta sus pensamientos,
El que sufre, la historia de sus pesares,
El labrador las penas de sus hogares,
Y la madre el secreto de sus tormentos.
Y al postrarse en la Cueva santa de hinojos,
El corazón recobra la paz perdida
Y llanto de alegría vela los ojos
Al decir á la Virgen «¡Madre querida!»

Queréis saber su historia? Venid á verla,
Que ella encierra tesoros de poesía,
Como en humilde concha, guarda la perla
En sus negros abismos la mar bravía.

Venid á oír su historia. No la he inventado;
No la juzguéis, cual mía, ruda ó extraña.
La he aprendido á sus plantas. Me lo han con-
Los ecos y torrentes de la Montaña. [tado

¡Recuerdos bulliciosos de mis hogares,
Alegres romerías, Montaña santa,
Flores pobres y humildes, cual los cantares
Que brotan temblorosos de mi garganta,
Murmillos misteriosos de la espesura
Dad aroma á mis cantos, prestadme acentos
Para cantar las glorias y la hermosura
De la Virgen que adoran mis pensamientos.

«Por la florida Vega de los Pastores,
Cual reina fugitiva, pobre y hermosa
Pasó un día la Virgen, cogiendo flores
Con un niño en los brazos como una rosa.

Su presencia divina perfumó el viento;
Donde pisó su planta, flores brotaron;
Y al levantar los ojos al firmamento,
Hasta los mismos cielos se iluminaron. —
«¿Quién es ésta que viene? cantó la fuente.
¿Quién es esta que pasa? gimió la brisa.
¿Quién es ésta que llega, rugió el torrente,
É ilumina los cielos con su sonrisa?»
«Soy la Reina del cielo, contestó Ella,
Que el trono de mi gloria, quiero en España,
Desde hoy en adelante seré su Estrella.
Soy la Virgen querida de la Montaña.»

Los bardos la llamaron sol de alegría,
Del mismo paraíso flor trasplantada.
Mis padres la dijeron «¡Santa María!»
Y el Auseva le dieron para morada.

De entonces fué el Auseva, faro esplendente,
Que guía los destinos del pueblo hispano,
Y el altar escogido, donde ferviente
Exhala sus plegarias el asturiano.
Si el eco prolongado de ronco trueno
Que llama la tormenta, se oye á deshora,
Y cual potro bravío que rompió el freno,
Adelanta la nube desoladora,
«¡Santa María!» claman atribulados
Los labriegos en torno de sus altares,
«¡Aleja la tormenta de los sembrados,
Aleja la miseria de los hogares!»
Si peligran las naves en que altanero
El hombre desafía los aquilones,
Luchando con las olas el marinero,
«¡Santa María, clama, no me abandones!»
Y el niño, cuando raya la luz del día,
Y el anciano que tiembla bajo los años,
Y el que llora tristezas y desengaños,
«¡Santa María!, claman, ¡Santa María!»
Que es su nombre bendito conjuro santo
Que apaga los bramidos de la tormenta,
Que seca los raudales de nuestro llanto
Y los tristes pesares del alma ahuyenta.
Á ofrecerle regalos van los pastores
Y las gentes humildes de las aldeas,
Porque es pobre y humilde como sus flores...
«¡Reina de la Montaña, bendita seas!
»En una humilde Cueva tienes tu trono.
»De par en par lo tienes, nunca se cierra
»Para el pobre y humilde, que en su abandono,
»No tiene más amparo sobre la tierra.

»¡De par en par lo tienes... Madre querida,
»Que se apaguen los cantos en mi garganta,
»Que rendido á tus plantas pierda la vida,
»Antes que ver cerrada tu Cueva santa!»